

Los hermanos Grimm

Traducción

José Emilio Pacheco

# Hansel y Gretel

Ilustrado por Elisa Assler

A small, stylized logo in the bottom left corner, featuring the letters 'LON' in a bold, sans-serif font, with a graphic element above it.

Había una vez, a orillas de un inmenso bosque, una cabaña que habitaban un leñador, sus dos hijos y la madrastra. El niño se llamaba Hansel; la niña, Gretel. Eran muy pobres y carecían de todo. Para agravar sus males, el hambre se extendió por el país. El leñador ya ni siquiera pudo alimentar a su familia.

Una noche, preocupado por sus problemas, el leñador yacía despierto en su cama.

—¿Qué será de nosotros? -le preguntó a su mujer-. No tenemos para ti ni para mí: ¿cómo vamos a darles de comer a los niños?

—Hay una solución -respondió la madrastra-: mañana temprano llevamos a tus hijos a la zona más espesa del bosque, encendemos una fogata y le damos un pedazo de pan a cada uno, hacemos como que vamos a cortar madera y los abandonamos allí. No podrán encontrar el camino de regreso. De este modo nos libramos de ellos.

—No tengo corazón para dejar a mis niños en la selva -dijo el leñador-. Las fieras no tardarían en devorarlos.

—¡Qué tonto eres! -añadió la madrastra-. Si no lo hacemos, vamos a morir de hambre los cuatro. Ya puedes comenzar a pulir las tablas para nuestros ataúdes -e insistió hasta que el leñador aceptó el proyecto-.

Los niños, desesperados por el hambre, tampoco se habían dormido y escucharon las palabras de su madrastra.

—¡Ya todo se acabó para nosotros! -dijo Gretel llorando amargamente.

—Cálmate, Gretel -contestó Hansel. No llores. Encontré la manera de salvarnos.

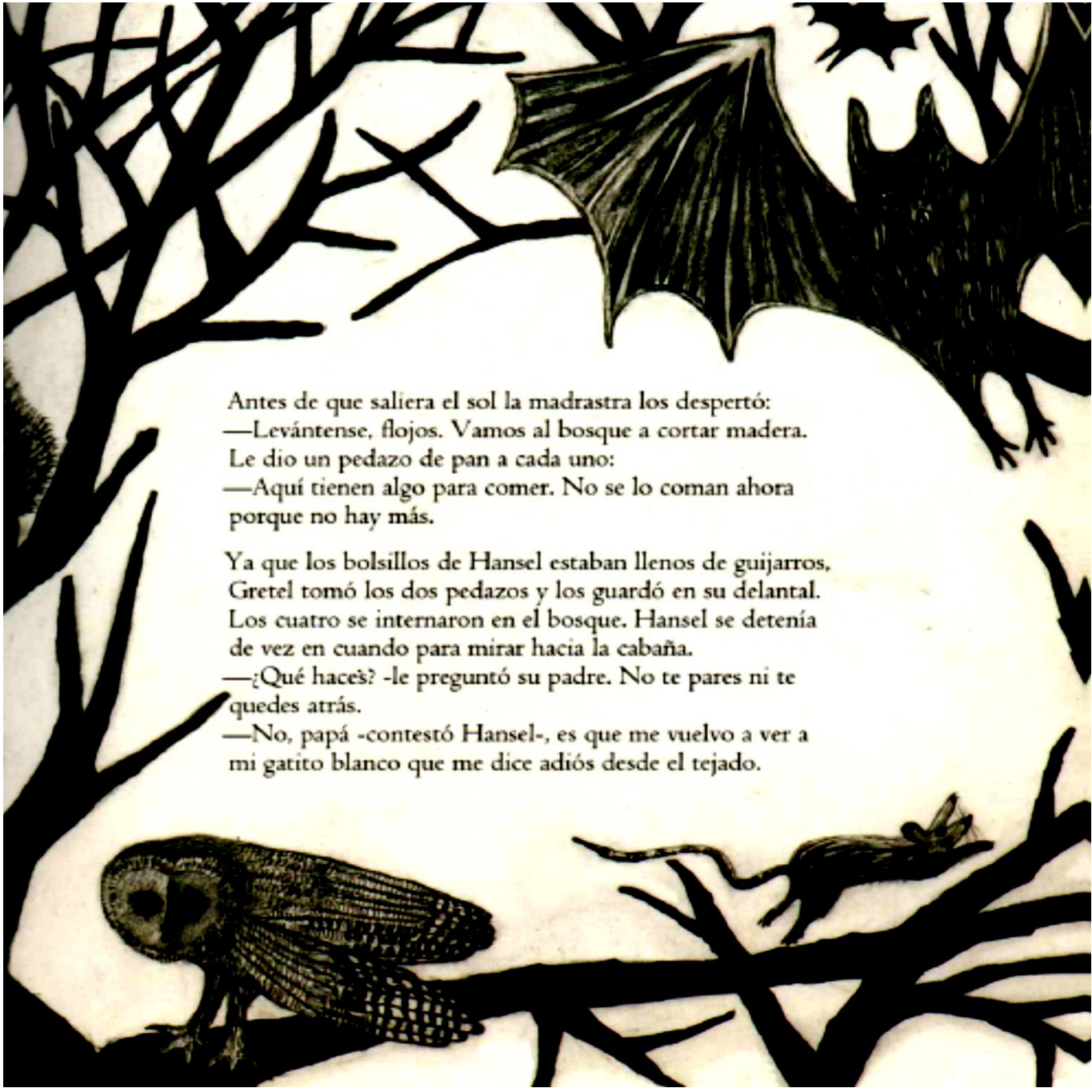
Cuando el leñador y la madrastra se durmieron al fin, Hansel se levantó, se puso un abrigo y se deslizó fuera de la casa.

Bajo la luna resplandeciente brillaban como monedas de plata los guijarros blancos que había en torno a la cabaña.

Hansel recogió todas las piedras que cupieron en sus bolsillos. Volvió al lado de Gretel y le dijo:

—Puedes dormir tranquila. No moriremos en el bosque.

-Hansel se acostó y también se durmió.



Antes de que saliera el sol la madrastra despertó:  
—Levántense, flojos. Vamos al bosque a cortar madera.  
Le dio un pedazo de pan a cada uno:  
—Aquí tienen algo para comer. No se lo coman ahora  
porque no hay más.

Ya que los bolsillos de Hansel estaban llenos de guijarros,  
Gretel tomó los dos pedazos y los guardó en su delantal.  
Los cuatro se internaron en el bosque. Hansel se detenía  
de vez en cuando para mirar hacia la cabaña.  
—¿Qué haces? -le preguntó su padre. No te pares ni te  
quedes atrás.  
—No, papá -contestó Hansel-, es que me vuelvo a ver a  
mi gatito blanco que me dice adiós desde el tejado.

—¡Qué tonto eres! -dijo la madrastra-: no es tu gatito, sino el sol de la mañana que brilla en la chimenea.

Pero Hansel no miraba a ningún gatito, cada vez que se detenía dejaba caer un guijarro para señalar el camino.

A la mitad del bosque, donde era más densa la arboleda, el padre encendió una fogata para que los niños entraran en calor. Cuando se alzaron las llamas, la madrastra dijo: —Ahora acuéstense a descansar cerca del fuego mientras nosotros trabajamos. Pronto regresaremos por ustedes.

Hansel y Gretel se acostaron junto a la hoguera. Al sentir hambre se comieron sus pedazos de pan. Los tranquilizaba creer que su padre estaba cerca porque oían el sonido del hacha; pero no se trataba del hacha, sino de una rama que el leñador había atado al tronco de un árbol muerto: el viento, al moverla, producía aquel sonido engañoso. Cansados de esperar, los niños se durmieron.

Cuando despertaron era noche cerrada. Gretel rompió a llorar:

—No podremos salir nunca del bosque.

Hansel la consoló:

—Espérate a que salga la luna. Bajo su luz encontraremos el camino.

Apenas comenzó a brillar la luna llena, Hansel tomó a Gretel de la mano. Empezaron el regreso orientándose por los guijarros que resplandecían como trocitos de plata. Caminaron toda la noche. Al amanecer llegaron a la cabaña de su padre.

Al verlos regresar, la madrastra se enfureció y dijo:

—¡Niños desobedientes! ¿Por qué se durmieron tanto tiempo en el bosque? Su padre y yo pensábamos que no volverían nunca.

A su padre le había dolido en el alma abandonarlos y se alegró mucho de su vuelta.

Poco tiempo después sufrieron hambre de nuevo. Otra noche Hansel y Gretel oyeron a la madrastra que le decía al leñador:

—Solo nos queda una hogaza de pan. Cuando la terminemos no habrá nada más. Hay que deshacernos de tus hijos. Los llevaremos aun más adentro del bosque para que no puedan encontrar el camino de regreso. No queda otro remedio. Es lo único que podemos hacer. El leñador trató de protestar pero fue inútil. Como había cedido la primera vez, tuvo que transigir de nuevo.

Cuando todo quedó en silencio, Hansel se levantó para recoger guijarros otra vez. No pudo salir: la madrastra había cerrado la puerta con llave. De todos modos el niño consoló a su hermana:

—Gretel, no llores. No hay nada que temer. Duerme tranquila.

La madrastra despertó muy temprano a los niños y les dio un pedacito de pan más diminuto que nunca. Mientras se internaban en el bosque, Hansel deshizo el pan en su bolsillo y varias veces se detuvo para esparcir migajas por la tierra.

—Hansel, ¿por qué te detienes? -preguntó su padre.

—Me vuelvo a ver a mi paloma que está en el tejado y quiere decirme adiós.

—¡Niño estúpido! -dijo la madrastra-, no hay ninguna paloma: es el sol de la mañana que brilla en la chimenea.

Pero Hansel continuó marcando con migajas su camino. La madrastra llevó a los niños hasta un sitio en donde no habían estado nunca, en lo más profundo del bosque. Como la vez anterior, encendieron una fogata.





—Niños, quédense aquí -ordenó la madrastra-; si se cansan, pueden dormir. Su padre y yo seguiremos adelante. Por la noche, cuando hayamos cortado suficiente madera, regresaremos a buscarlos.

A la hora de almorzar, Gretel compartió su pedacito de pan con Hansel, que había consumido el suyo en las migajas que señalaban el camino. Se durmieron.

Llegó la noche. Nadie volvió por ellos.

Cuando despertaron estaba oscuro. Hansel abrazó a su hermana y la consoló:

—Espérate a que brille la luna. Entonces podremos ver las migajas que dejé como señales.

La luna llena iluminó la tierra. De nuevo Hansel y Gretel emprendieron el regreso. Pero no hallaron las migajas porque se las habían comido los pájaros del bosque.

—Pronto encontraremos el camino -dijo Hansel.

No lograron descubrirlo. Caminaron toda, toda la noche y todo el día siguiente sin salir nunca del bosque.

Solo se alimentaron con bayas silvestres.

Tenían mucha hambre y estaban muy cansados, de modo que se acostaron a dormir. Cuando se despertaron por la mañana, ya era el tercer día desde que salieron de su cabaña. Siguieron caminando pero se internaron aun más en la espesura y temieron morir si nadie iba en su ayuda.

A medio día vieron un hermoso pájaro blanco. Tan dulce era su canto que se detuvieron a escucharlo. Cuando el ave dejó de cantar, agitó sus alas y se acercó a ellos. Hansel y Gretel lo siguieron en su vuelo hasta que llegaron a un claro del bosque y se encontraron una casita que parecía de sueño.

La casa estaba hecha enteramente de pastel: su techo era una capa de azúcar, y sus ventanas, caramelos transparentes. Los niños se morían de hambre y sin pensarlo dos veces se pusieron a comer.

Hansel se estiró para arrancar un pedazo de tejado. Gretel le dio un mordisco a la ventana.

En ese instante escucharon una amable voz:

—¿Quién es esa ratoncita que se come mi casita?

Los niños contestaron:

—*No es ratón, sino es el viento que va en busca de alimento.*

Súbitamente se abrió la puerta: una mujer viejísima  
apareció cojeando apoyada en un bastón.





Hansel y Gretel se asustaron tanto que los dulces se les cayeron de las manos.

Pero la vieja los tranquilizó:

—No tengan miedo, queridos niños. Pasen. Entren. Ésta es su casa.

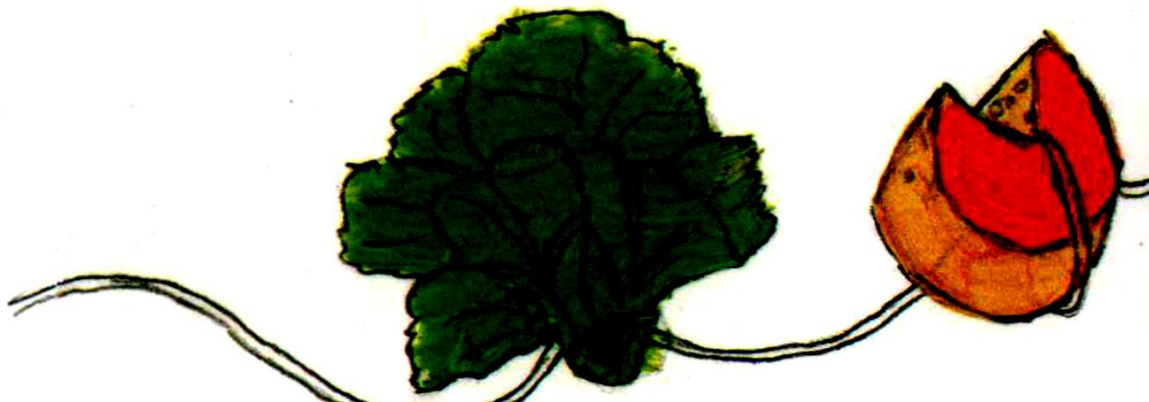
Los tomó de la mano y los condujo a la mesa, donde estaba servida una magnífica cena: pasteles, leche, manzanas, nueces.

Cuando los niños terminaron de comer, la vieja los llevó hasta dos camitas de sábanas limpias y frescas. Hansel y Gretel se apresuraron a meterse en ellas, sintieron que estaban en el cielo y se quedaron dormidos.



Sin embargo, la ancianita, que tan amable parecía, era en realidad una bruja. Había construido la casa de chocolate como señuelo para atraer a los niños. Las brujas tienen los ojos rojos y no alcanzan a ver a mucha distancia. Pero su olfato es tan agudo como el de los animales y les avisa cuando se aproximan seres humanos. A esta bruja le gustaba más que nada en el mundo comer niños. Cada vez que atrapaba a alguno lo guisaba y se daba un gran festín. En cuanto vio que Hansel y Gretel se habían dormido, la bruja lanzó una perversa carcajada:  
—¡Ya los tengo! No se me escaparán.

Muy temprano por la mañana, antes de que los niños despertaran, fue de nuevo a contemplar sus mejillas sonrosadas:  
—Serán unos bocaditos deliciosos -se dijo.



—Levántate, floja. Pon agua a calentar y cocina algo sabroso para tu hermano. Lo tengo encerrado en el establo y voy a cebarlo. Cuando esté lindo y gordo, me lo comeré. Gretel lloró amargamente. Todo fue inútil. Tuvo que obedecer a la bruja.

Hansel comía los mejores platos. Gretel solo se alimentaba de conchas de mariscos.

Cada mañana la bruja iba cojeando al establo y le ordenaba a Hansel que sacara su dedo para ver si ya había engordado.

Hansel le mostraba solo el nudillo. La bruja era muy miope y pensaba que el hueso del nudillo era todo el dedo. Se preguntaba cómo era posible que el niño no engordara con tan buena comida.

Pasaron cuatro semanas. La bruja se impacientó y decidió no esperar más. Ordenó:

—Gretel, caliéntame el agua. Gordo o flaco, mañana me lo echo al plato.

Gretel se entristeció muchísimo.

Mientras calentaba el agua, las lágrimas rodaban por sus mejillas y decía:

—Lástima que no nos devoraron las fieras del bosque.

Cuando menos hubiéramos muerto juntos.

—No llores más. No servirá de nada -dijo la bruja.

Muy temprano hizo que Gretel llenara la olla y encendiera la estufa. Le advirtió:

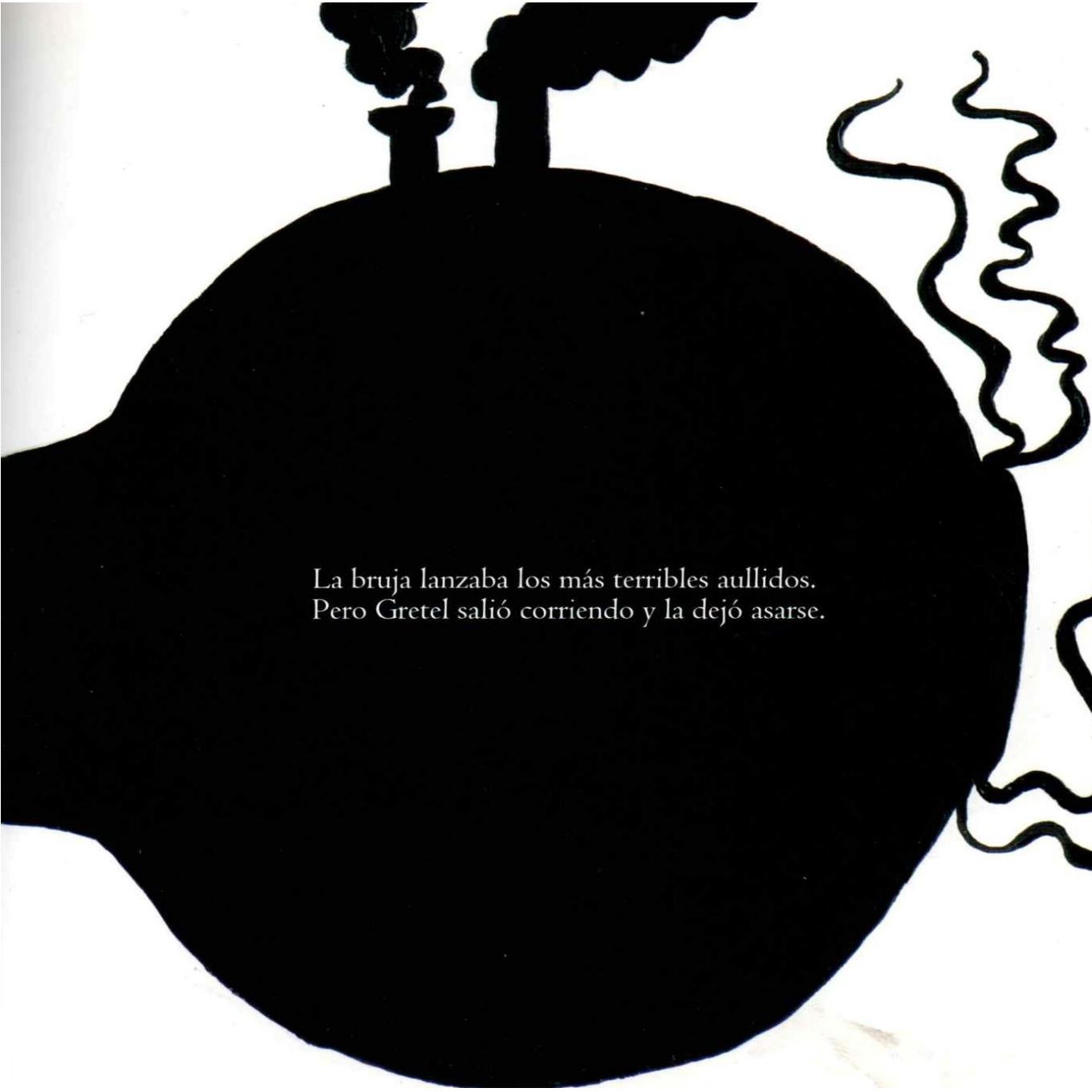
—Primero vamos a hacer el pan. Ya calenté el horno y amasé la harina. Métete a ver si el fuego está lo suficientemente alto.

Y a empujones llevó a Gretel hacia el gran horno.

Lo que intentaba la bruja era arrojar a Gretel al horno y asarla. Pero la niña adivinó sus propósitos y le dijo:  
—No sé cómo entrar. No quepo.  
—¡Estúpida, cómo no vas a caber! -respondió la bruja. La puerta es muy grande: hasta yo quepo.  
Rápidamente Gretel le dio a la bruja un empujón que la mandó de cabeza hasta las llamas. Cerró la puerta de un golpe y echó el cerrojo.







La bruja lanzaba los más terribles aullidos.  
Pero Gretel salió corriendo y la dejó asarse.

A toda velocidad fue al establo para poner en libertad a su hermano.

—¡Hansel, Hansel! -gritaba. ¡Estamos salvados!  
¡La bruja ha muerto!

Cuando Gretel abrió la puerta, Hansel salió como un ave que escapa de su jaula. Se abrazaron, se besaron y bailaron de alegría.

Sin nada que temer, entraron en casa de la bruja. Hallaron en cada rincón cofres llenos de perlas y joyas. Hansel llenó sus bolsillos y Gretel su delantal de piedras preciosas. Al terminar, escaparon por el claro del bosque.

No habían avanzado mucho cuando se encontraron a orillas de un inmenso lago.

—Imposible cruzarlo -dijo Hansel-. No veo un puente, ni una lancha, ni un vado.

—Mira -contestó Gretel-: ese patito nos ayudará si se lo pedimos -y en seguida le cantó-:

*Pato que sabes nadar  
mejor que nadie en el mundo,  
ayúdanos a cruzar  
este lago tan profundo.*



El pato se acercó a ellos y uno por uno los llevó hasta la otra orilla. Siguieron caminando por el bosque hasta reconocer los árboles y las colinas. Al fin vieron en la distancia la cabaña de su padre.



Entraron corriendo y abrazaron al leñador.  
Desde que abandonó a sus hijos en el bosque, el pobre hombre no había recobrado la dicha ni la paz.

Mientras Hansel y Gretel estaban prisioneros de la bruja, la madrastra ya había muerto.

Gretel sacudió su delantal y esparció por el piso joyas y perlas. Hansel añadió al tesoro los puñados y puñados de piedras preciosas que llevaba en los bolsillos.

A partir de entonces se acabaron todos los problemas y vivieron felices para siempre.





9 789562 829878